

DESCUBRIMIENTO, LLEGADA, ENCUENTRO
(Hacia el V° Centenario)

Edberto Oscar Acevedo

"cualquiera que fuese el precio, (el encuentro) fue una suerte para el nuevo y el viejo mundo"

Pierre Chaunu
Sevilla y América

Ya se han cumplido más de treinta años de aquella célebre polémica que, respecto del sentido de la idea del descubrimiento de América, mantuvieron epistolarmente el mexicano Edmundo O'Gorman y el francés Marcel Bataillon.¹

Ultimamente, las conferencias magistrales del colom-

¹ Marcel BATAILLON y Edmundo O'GORMAN: Das concepciones de la tarea histórica. Con motivo de la idea del Descubrimiento de América. Imp. Universitaria. México, 1955.

bista italiano Paolo Taviani y la reiterada preocupación en muchos intelectuales por el tema de la identidad de América, han actualizado la cuestión de la aparición del Nuevo Mundo. ¿Cómo hay que llamar, con propiedad, a tal hecho? ¿Descubrimiento? ¿Llegada? ¿Encuentro? ¿Y cuál debe ser el punto de mira en que se coloque el estudioso actual? Porque hay quienes sostienen, sin más, que lo que se produjo fue una invasión. ¿Es esto cierto?

Yo creo que lo primero que hay que hacer es definir conceptos. Como dijo no hace mucho el Profesor Leopold Genicot, de la Universidad de Lovaina: "Definir: esa es la primera dificultad de toda investigación científica; no contentarse con palabras, no ser ciego, víctima de las palabras o ideas. La semántica es una de las más importantes operaciones, probablemente la más importante para nosotros.

La segunda dificultad es común a todos los fenómenos históricos, pero, sobre todo, a los colectivos: distinguir los componentes del fenómeno; fechar con precisión cada uno, seguir su evolución; establecer sus relaciones y de ese modo descubrir las causas, motivos, factores y efectos. Cada fenómeno colectivo es complejo, se deriva de muchos y varios hechos, de larga duración, más o menos simultáneos y actuando mutuamente unos sobre otros; es difícil conocer su cronología, sin la cual es imposible conocer el mecanismo del desarrollo".²

Por lo mismo, pienso que, para desentrañar la cuestión, hay que partir de un supuesto básico, cual es -siguiendo esa opinión del ilustre Profesor belga- definir el concepto de cultura. Si por cultura se entiende un patrimonio de bienes y valores superiores que se ha ido acumulando y decantando a través de los tiempos (por lo que se ve que, en esto, la Historia cumple un papel esencial) se debe reconocer que, hacia el siglo XV, el mundo de ideas greco-romano

² Leopold GENICOT: Sobre la noción de crisis en la Historia de la Baja Edad Media. En Las crisis en la Historia IIas. Jornadas de Historia de Europa. Mendoza, 18-21 setiembre 1985. Cívica. Instituto Colombiano. Génova, 1986. Pág. 33.

cristianas que van a traer a estas playas los españoles (con su descubrimiento) era muy superior (aunque más no sea en el sentido de complejo) que el de las altas y dispersas civilizaciones indígenas.

El europeo era un hombre que tenía ciertos principios espirituales comunes, ciertas coordenadas mentales comunes, ciertas apetencias comunes y hasta ciertos enemigos comunes (los turcos por ejemplo).

El europeo vivía en una unidad común (lo que no significa decir que no hubiera guerras) en la que banqueros genoveses residían en Sevilla, profesores españoles enseñaban en París, navegantes portugueses servían a los reyes castellanos.

Había comunicación y eran generales las preocupaciones y problemas.

Ahora bien, si, por el contrario, se piensa que, con el descubrimiento, se interrumpió un gran desarrollo cultural -el de los aborígenes de este mundo- no se habría producido nada más que una invasión.

Ampliando más la cuestión creemos que se pueden manejar otros conceptos. En primer lugar se debe saber que lo que sucedió el 12 de octubre de 1492 forma parte de un proceso de expansión que está cumpliendo el Occidente europeo. Era Europa la que avanzaba la frontera desde el Mediterráneo al Atlántico, pasando por las costas e islas africanas y extendiéndose el mundo conocido hacia lugares ignotos. Todos, entonces, hablaban de descubrir. "Descubrimientos" era la palabra de moda en Portugal, en España, en Italia. Los documentos de todo tipo, más que referirse a hallazgos o encuentros, dicen *descubrir*, *descubrimientos*, *descobertas*, *scopertas*. Las capitulaciones mencionan: "lo que se va a descubrir".

Entonces, hay que concluir, con palabras de un autorizado autor, que "el primer viaje colombino significa para

Europa un verdadero descubrimiento".³ Y es que, en realidad, era y producía el avance de la frontera y así se completaba el mundo.

Por otra parte, descubrir es hallar algo nuevo. Es, según el Diccionario de la Real Academia, "destapar lo que está tapado o cubierto" y "hallar lo que estaba ignorado o escondido", sobre todo con especial referencia a "las tierras o mares desconocidos".

Claro, se podría argumentar que tierras desconocidas o ignoradas eran para los europeos. Pero, se podría también preguntar: que las conocieran algunos indios, ¿quiere eso decir que eran patrimonio de todos los hombres? ¿No está el valor del descubrimiento, precisamente en eso, en hacer que todos puedan participar de la existencia de algo?

Entonces, en mi criterio -que no creo estrecho ni europeoísta- lo primero es el Descubrimiento.

¿Que, mirado con visión más indigenista, podría denominárselo hallazgo? Bueno; pero de esa forma me parece que se le quita enjundia al hecho. Además, al decir llegada, arribada, ¿qué se quiere expresar? ¿Que se han aproximado unos desconocidos a este mundo? ¿Y con eso, qué? ¿Esta óptica americana no implica considerar a los recién llegados como unos invasores? (y, por lo tanto, como unos futuros dominadores, vencedores, subyugadores, explotadores y demás?).

En una acertada y justa posición, cabría entender que para los indios se habría producido una llegada, un desembarco, una arribada (como si fuera un casualidad, un hecho fortuito) porque ellos ignoraban el proceso previo a ese primer viaje (y todo lo que ello implicaba como ciencia y técnica en la navegación, como recursos y afanes en la planificación, como impulsos y ambiente cultural propios del Renacimiento, como necesidades geoestratégicas de un mundo

³ Guillermo CESPEDES del CASTILLO: América Hispánica (1492-1898). Labor. Barcelona, 1983. Pág. 34.

en ebullición que buscaba expandirse).

En resumen; si el descubrimiento se produjo por los españoles -y no por los indios, que esto hubiera puesto las cosas al revés- fue porque aquel mundo contaba con los elementos y los presupuestos científicos para hacerlo.

Y el primer viaje (y todos los que siguieron después), no fueron sino un hito más del proceso de integración del mundo que no podía seguir compartimentado, dividido, aislado, con ignorancia entre sus partes componentes.

Por eso, con frases luminosas ha escrito Jacques Pirenne que "la historia es, en esencia, continuidad y solidaridad; continuidad que se desarrolla sin que los hombres puedan evitarlo, de generación en generación, y que, por consiguiente, enlaza nuestro tiempo con las épocas más remotas; solidaridad también, pues así como en una sociedad la vida de cada hombre está condicionada por la de todos los demás, en la comunidad de las naciones la historia de cada una de ellas, sin que la protagonista se de siquiera cuenta, evoluciona en función de la de todos los pueblos del Universo".⁴ Esa continuidad y solidaridad, al posibilitar la integración, han dado forma a la sociedad occidental.

Y en ella iba a entrar el mundo indígena, claro que con sus particularidades. Pero lo interesante será ver, en esta confrontación, dónde residían las características de esa inferior posición aborigen. Según Chaunu, en primer lugar, en el aislamiento (o sea, agregamos, en lo contrario de lo que mostraba la civilización europea en opinión de Pirenne), pues "el espacio, en América, trocea, dispersa, aísla. Tenemos una prueba de la debilidad de la comunicación interzonas, de la dificultad de la humanidad amerindia para formar grandes conjuntos culturales, para constituir, por tanto, grandes bancos comunes de información: el fraccionamiento lingüístico. La América india (del 17 al 18% de la humanidad, en nuestra opinión a fines del siglo XV;

⁴ Mario HERNANDEZ SANCHEZ-BARBA: Historia Universal de América: Tomo I - Guadarrama. Madrid. 1963. Pág. 210.

el 3% solamente, según una evaluación antigua, actualmente desechada) totaliza más lenguas que el Antiguo Mundo, cinco o seis veces más numeroso. Cincuenta y ocho lenguas troncales para las ochocientas o novecientas mil almas de América al norte de las mesetas mexicanas, ciento treinta y tres lenguas principales y centenares o incluso miles de variantes dialectales más al sur. Esta pulverización del lenguaje sorprendió a los antiguos autores.

Hay un punto, sin embargo -continúa diciendo Chaunu- de grandes resultados: el de la alimentación y los rendimientos. En el campo de la producción alimentaria intensiva, la América precolombina parece haber alcanzado una cima. Una cima con la que, a falta de absorción, no se sabía qué hacer. Las sociedades amerindias parecen abrumadas por un tiempo libre que son incapaces de utilizar de un modo racional".

Además, escribe que el mundo indígena era "excepcionalmente frágil. América no existía, sino que la hemos fabricado nosotros. El continente americano era una serie de universos totalmente cerrados. Atahualpa, el Inca, no pudo beneficiarse de la desgraciada experiencia de diez años antes del Azteca, por una simple razón: en los siglos anteriores no había habido intercambio de ningún tipo, ni de simple mensaje, entre los incas y los mexicanos. No subsistía en la memoria colectiva ninguna huella de la existencia de otro mundo más allá del horizonte. Los incas se enteraron, al mismo tiempo, de la existencia de Europa y de la América central".

Estos mundos incomunicados, estos espacios curvos de radio corto eran culturalmente pobres y biológicamente protegidos. Su memoria cultural presenta un perfil que resulta muy curioso desde nuestra experiencia. Esta memoria yuxtapone sectores de prodigiosos resultados (la agricultura del maíz aquí, el conuco allá, la aptitud para producir en poco espacio y con poco esfuerzo enormes cantidades de alimento muy pobre en proteínas; la astronomía y las "matemáticas" mayas) y sorprendentes zonas de silencio. Nin-

gún mundo cerrado americano descubrió la rueda; sus prodigiosos arquitectos no conocían la bóveda y los administradores del Imperio inca utilizaban cálculos con bolas (los quipus), pero incas y mexicanos balbuceaban aun en la antecámara de la escritura. La ausencia de la escritura, que impide la constitución de almacenes culturales durmientes, es el gran punto flaco. El límite de lo irreversible es más elevado en una sociedad que posee la técnica por excelencia de comunicación con las riquezas del pasado.

Las sociedades amerindias no habían franqueado todavía el linde de una gestión flexible de sus existencias culturales. Se puede tomar como regla que por encima de la escritura una sociedad está más expuesta cuanto más rica y numerosa es. El 95% de la población amerindia concentrada en un 5% de la superficie del Continente se presentaba, en el momento de establecer esta brutal comunicación, en una fase de máxima fragilidad.

Los indios tenían una alimentación muy pobre en proteínas y en lípidos (grasas). Alimentación pobre pero abundante que les proporcionaba largos ocios.

La sociedad amerindia era una sociedad de ocios. Ocios que comportan la ausencia de desafíos tecnológicos.

Las grandes sociedades indias de las mesetas aparecían como sociedades blandas de ocios, numerosas por lento crecimiento, por acumulación biológica sin acelerones, establemente asentadas.

Nos cuesta imaginar las características de sociedades insertadas en tales ecosistemas. Son sociedades con logros comparables, en determinados sectores, a los nuestros, y que, en otros aspectos, no alcanzaron los niveles de principios del neolítico, hace diez mil años, en el estanque del Mediterráneo.

El bloqueo con mayores consecuencias es la ausencia de la rueda.

América es la yuxtaposición de mundos que no se comunican entre sí⁵.

Todo esto -desde otro punto de vista- está reafirmado por un sociólogo como Imaz quien dice que el llegar los españoles, "la distancia intercivilizaciones indígenas cubría extremos incomparables: el salto de las unas a las otras excedía todos los límites conocidos entre grupos sociales europeos".

Las distintas culturas americanas abarcan un espectro que iba desde las civilizaciones andinas hasta los "sambquis" del Brasil. Estos vivían en el monolítico; sus rasgos culturales eran de módulos y lascas. Cuando los mayas rendían culto al tiempo abstracto o los aztecas tenían una refinada poesía.

Si partimos de esta asincronía nos resultará más comprensible que convivieran no sólo grupos humanos muy diferenciados, sino culturas incapaces de incidir las unas sobre las otras, por ejemplo, los jíbaros y los quechuas en las laderas de los Andes Orientales o los maya/quichés en relación a los lacandones. Y, por tanto, eran contiguos.

El mundo americano no tenía barcos de ultramar ni poseía técnicas náuticas avanzadas. Y si algún día las conoció, no las internalizó (los hombres americanos debieron conocer los juncos chinos, japoneses o malayos, pero no los copiaron, salvo en el Titicaca. Y los hombres americanos de Terranova, el Labrador o la desembocadura del San Lorenzo conocieron los barcos a vela cuadrangular de los vikingos y de los pescadores gallegos o vascos, pero tampoco los imitaron).

No son los barcos ni las piraguas los que ahora nos interesan, sino la incapacidad de transmisión indígena incluida la de las noticias "interculturales". Atahualpa no sabía de Cortés, vale decir, no existió comunicación intercultural

5 Pierre CHAUNU; Historia y Decadencia. Ed. Granica. Barcelona. 1983 - Pág. 173-177 y 181.

andinas, que le permitieran anticipar su futuro. Intraculturas fue distinto: cada monarca venía recibiendo noticias desde que los españoles pusieron el pie en sus respectivas costas.

Desde el punto de vista de la originalidad, el único artefacto que, al parecer, sería de cuño exclusivamente americano, es la hamaca (el tabaco es producto agrícola, no artesanía). Y aparte de la hamaca, las boleadoras".⁶

En suma; como ha resumido Morales Padrón: "América permanecía al margen, envuelta todavía en la Edad Mítica, rodeada de demonios, poblada por hombres que aun no se habían elevado al ser mismo". El habitante de América vivía encerrado en sí, "sin tener conciencia de la totalidad de su ser, sin que se le hiciera manifiesto lo que se llamará razón y personalidad. Estaba fuera de la Historia porque su existencia no había sido hecha objeto de reflexión. Permanecía como continente primitivo dentro de una forma ahistórica, así, hasta que entra en contacto con algunos de los centros de irradiación: Occidente en nuestro caso".⁷

Por último suele también hablarse del encuentro de dos culturas. Aquí convienen otras aclaraciones. En primer lugar, que el encuentro sigue o surge del Descubrimiento. O sea que este es lo primero.

Y, luego, que el encuentro se va a dar -con la entidad con que merece plantearlo- más de veinte y cuarenta años después del Descubrimiento (y también de otros descubrimientos). Cuando se llegue a las tierras de México y Perú en las que, con propiedad, se podrá hablar de encuentro o choque de dos mundos (pero sabiendo que los separaba un verdadero "abismo cultural" y que esa distancia era insalvable, por el momento).⁸

⁶ José Luis de IMAZ: Sobre la identidad Iberoamericana. Bs. As.. Sudamericana. 1984. Pág. 77.

⁷ Francisco MORALES PADRON: Historia de Hispanoamerica. Sevilla. 1972. Pág. 28.

⁸ Guillermo CESPEDES del CASTILLO: Ob. Cit. Págs. 59 y 68.

Y, entonces, sí, habrá que ver qué tipo de resultado se produjo: si de integración, de asimilación y recomposición, o de rechazo o de privación y muerte lenta.

Generalmente, los encuentros de culturas distintas no son fáciles ni indoloros. Toda una concepción de la vida se derrumba y se impone aquella que tiene más posibilidades (técnicas, ideológicas, culturales, políticas). Como todo alumbramiento de una nueva civilización -la que va a surgir de la simbiosis, la hispanoamericana o criolla- no podía hacerse sin ocasionar desgarramientos y sufrimientos.

Pero lo importante será ver si, para imponer o estructurar ese nuevo orden, el pueblo y el Estado colonizador repensaron ciertos grandes temas como libertad o servidumbre, ética social o individualismo exagerado, justicia o guerra depredadora, derechos de las distintas comunidades o exacciones y trabajos forzados, etc. como para que se llegara a poder organizar la vida toda en este Nuevo Mundo.